

## Con la fuerza del testimonio

Más de setenta testimonios procedentes de los cinco continentes sirven como punto de partida para la reflexión. El común denominador de todos ellos, son las enseñanzas del Beato Josemaría en torno al matrimonio, la educación de los hijos, la humanización del mundo laboral, el trabajo del hogar, y el trabajo fuera del hogar así como el consabido reparto de tareas. La diferencia entre unos relatos y otros, estriba no sólo en la diversidad de circunstancias sino en la solución personal y creativa dada en cada caso.

No todas las familias son iguales, como tampoco todas las personas lo son. Aunque la cuestión planteada sea la misma: conciliar trabajo y familia hoy. Las soluciones son muy variadas y precisamente por ello el debate enriquece la aproximación a esta cuestión, no sólo desde el nivel individual sino también desde el punto de vista social, empresarial y político, que al fin y al cabo son instancias complementarias en este tema.

Los relatos abarcan casi siempre la doble jornada del ama de casa, fuera y dentro del hogar, sus luchas para llegar a todo, buscando fórmulas de flexibilidad o de adaptación profesional a lo largo de su vida así como la creciente implicación del varón en tareas y responsabilidades. Las jornadas son largas y extenuantes para ambos y los dos deben tomar medidas para decidir sus prioridades y llevarlas a cabo mediante una adecuada gestión del tiempo y una buena armonía conyugal que nace no sólo del amor mutuo sino de concebir la familia como una empresa, y la colaboración entre los cónyuges similar al funcionamiento de un buen equipo. Así lo explica Paula Hermida, *filósofa y teóloga*, casada con Carlos profesor del IESE y madre de tres hijos: «Él siempre me ha ayudado todo lo que ha podido en casa y lo que ha sido más importante para mí, me ha demostrado siempre un gran reconocimiento por mi trabajo enseñándome además a ver lo feliz que se puede ser entre pañales y papillas. Ha sido la mayoría de las veces él quien me ha hecho disfrutar con lo que ahora considero una auténtica suerte:

poder dedicarme a mis hijos. Admiro profesionalmente a mi marido y me encanta pensar que, como equipo que somos, con mi trabajo en casa ahora soy un apoyo para él».

Para Bárbara Dmochowska, *pianista polaca*, el contacto con el mensaje del Beato Josemaría supuso un redescubrimiento de la virtud del orden como un modo actual y práctico de vivir prioridades en la vida cotidiana. «Hace cinco años que conocí esta espiritualidad. Entonces estaba ya casada, y con muchos viajes profesionales, conciertos... Gracias a la intercesión del Beato Josemaría, recibimos después de siete años de matrimonio, el primer hijo, el segundo, y ahora espero el tercero. La vida de familia a partir de entonces empezó a florecer. Llegué a la conclusión de que lo primero es el orden: el plan del día, horario de trabajo, disciplina en hacer lo planeado. Mi marido y los niños son lo primero y algo muy importante: ser puntual en la hora de irme a dormir, sólo así podré llegar a tantas cosas que cada día tengo que hacer. Además desde que vivo con más orden mi vida familiar he conseguido tener tiempo para hablar con mi marido y éste es un motor de la vida familiar que en ningún caso puedo descuidar».

Otros, como William Bowman y Manuel Datiles integran la familia en su estructura laboral, con su actitud parecen decir: si no puedes cambiar las circunstancias alíate con ellas. Bowman, *fundador de dos empresas de software en Boston*, no contento con fundar y hacer viable dos empresas, buscó además modos de humanizar el sector. La realidad de las empresas tecnológicas, inmersas en horarios de 60 horas semanales y que olvidan a menudo la realidad de la vida privada y de la familia empujaron a Bowman, a instituir iniciativas como el “Día Anual para las Familias” del personal, además de “los Viernes en familia” en los que implicó a los hijos de los empleados como primeros controladores de calidad del producto. Apuesta valiente, sobre todo si tenemos en cuenta que él y Leigh, su esposa, tienen seis hijos. Varios meses después de la fundación de *Spinnaker Software*, Leigh y sus seis hijos llegaron al despacho un viernes a la 6 de la tarde llevando refrescos, cerveza y aperitivos. Leigh se había percatado de que la jornada laboral se alargaba cada vez más, y si Bill no iba a dejar de trabajar para llegar a casa a una hora razonable, ella iba a traer a la familia a su lugar de trabajo. Evidentemente, con seis pequeños corriendo por el despacho pulsando teclas de los ordenadores, el trabajo se interrumpió, y todos disfrutaron de la comida y la bebida, ¡y especialmente los niños! Ese día empezó la tradición de los “Viernes en familia” y después de aquel día continuó cada viernes. A medida que la empresa crecía, se instaba a los empleados a traer a sus esposas e hijos a *Spinnaker* los viernes con lo que se podía conocer a gente a través de sus familias, y también a través de su trabajo profesional. Y los niños podían ver el entorno de trabajo de sus padres, algo que a menudo falta en la cultura norteamericana.

Bill y Leigh querían que sus hijos también participaran en el trabajo de la empresa, así sabrían a qué se dedicaba su padre y pronto conocerían el concepto de trabajo profesional, e incluso serían capaces de ayudarlo en ello. Esto fue bastante fácil, ya que *Spinnaker* fabricaba *software* educativo. Los niños pudieron convertirse en “probadores del *software*” de los productos de la empresa, y se sentían altamente valorados, puesto que los programadores informáticos tenían en cuenta lo que les gustaba y lo que no. Las conversaciones durante la cena a menudo giraban en torno al trabajo que se hacía en la empresa, ¡al menos hasta que su madre las canalizaba hacia temas más importantes!

La empresa patrocinó un “Día de Valoración de los Empleados” anual para las familias del personal. Los niños siempre tenían alguna cosa que hacer, y también había actividades para los empleados que no estaban casados. Esto potenció el ambiente acogedor en la empresa, e hizo que muchos miembros de las familias se sintieran parte de ella.

El caso de Manuel B. Datiles Rockville, *oftalmólogo*, y Jefe de la Sección de Cataratas de la División de Servicios Clínicos y Genética Oftálmica, del *National Eye Institute* (NEI) en Bethesda, Maryland, es también reflejo de una postura optimista y paradigmática. En su caso no sólo son largas jornadas sino también una enfermedad que le obliga a unos cuidados extraordinarios. Él lo explica así: «No es fácil explicar a mis hijos a qué me dedico y es difícil traerlos al hospital conmigo. Por ello, mi esposa y yo decidimos montar una pequeña clínica oftalmológica a tiempo parcial en el estudio de casa. Ahora, los sábados, visito a pacientes que principalmente son amigos, hago revisiones oftalmológicas, adapto lentes de contacto y realizo operaciones de cirugía ocular menor, y he formado a mis seis hijos, actualmente de 12 a 24 años, para ser mis ayudantes. Los pequeños vienen a hablar y a jugar con los pacientes jóvenes y hacen que se sientan como en casa. Los adolescentes ayudan a los pacientes a rellenar los impresos. Los mayores me ayudan dentro en la consulta a sostener los párpados cuando exploro a los pacientes y también en otras tareas como enseñar a los pacientes a usar lentes de contacto nuevas y cómo colocarse y quitarse las lentes.

Los niños han aprendido muchas virtudes humanas, sociales y también espirituales en esta clínica de fin de semana y cuatro de ellos ahora también quieren ser médicos para atender a los enfermos y a los ancianos. Han aprendido observando y practicando las virtudes necesarias para ser un buen profesional, un buen estudiante, un buen amigo y también un buen padre. A todo esto hay que añadir que hace nueve años desarrollé una insuficiencia renal que requiere diálisis peritoneal con mucha frecuencia. Este pequeño proyecto logró ayudarme a servir a Dios ofreciéndole mi propio trabajo, y también el de mis hijos, al mismo tiempo que servía a mi familia, a mis amigos, acercándome más a ellos y ayudán-

dome a aumentar nuestra renta familiar tan necesario para sostener una familia numerosa».

Para ambos, Bowman y Datiles, la familia es un apoyo incluso material para su trabajo. En otros testimonios se hace hincapié precisamente en otro tipo de simbiosis la que se da cuando la familia alimenta nuestro trabajo y al revés. A Helmut Magis, su hija Camilla le da presencia de Dios, llegando a ser un motor que ilusiona su vida en vez de ensombrecerla a causa de la multitud de tareas.

«El Beato Josemaría nos decía que al apostolado no sólo íbamos a “enseñar” sino también a aprender; además nos invitaba a imitar a los niños muy pequeños, en nuestro trato con Dios. Esto es algo que he podido aprender de mi propia hija. Cuando Camilla tenía aproximadamente 10 meses, ya quería ir a todas partes para descubrir cosas nuevas. Como todavía no podía andar, siempre se dirigía a mí con la palabra “dito” (“dedo”, en italiano). Yo entonces, le daba mi dedo índice; ella, agarrándolo, se ponía en pie y “caminaba”, perseverante, hacia el objeto que había atraído su interés. Yo, al igual que Camilla, intento llevar conmigo a Dios a todos los lugares y actividades que me atraen, precisamente con la palabra “dito”, que se ha convertido en una pequeña jaculatoria para mí: «Ser pequeño: las grandes audacias son siempre de los niños. —¿Quién pide... la luna? —¿Quién no repara en peligros para conseguir su deseo?

“Poned” en un niño “así”, mucha gracia de Dios, el deseo de hacer su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere»<sup>1</sup>.

Cuando yo no estoy durante el día y Camilla, que ya tiene dos años va con mi mujer de compras o a un lugar de recreo, siempre recoge regalos para mí: flores, guijarros, pequeños ramos, piñas... Cada vez que recoge algo dice “Mira, papá”, a pesar de que yo ni siquiera estoy presente físicamente. Me he propuesto incluir a Dios del mismo modo en mi quehacer cotidiano.

Algo parecido le ocurre a M<sup>a</sup> Therese Pallut, profesora de Lingüística Aplicada en la Sorbona. La naturaleza de su trabajo le recuerda que tiene que ser más humana, más paciente, como lo es con sus hijos. Además ha logrado conciliar, mejor dicho reconciliar los dos ámbitos viviéndolos cada uno de ellos como un descanso del otro.

«En efecto, un trabajo bien hecho puede resultar agradable a Dios... ¡No se le puede ofrecer algo inacabado, aproximado o hecho de cualquier forma!

<sup>1</sup> *Camino*, 857.

Además, puesto que cualquier trabajo supone el compromiso de una persona, dicha persona se ve afectada por las características de su trabajo. Por eso también me pareció una consecuencia natural que la persona a la que está destinado dicho trabajo reciba también una dignidad particular y por tanto, quede santificada. Así pues, muy “humanamente”, cuando corrijo la fonética de un estudiante, mi corrección le manifiesta el interés que pongo en su propia perfección y eso por tanto da valor a toda su persona. Corregir bien a un estudiante, ayudarlo a perfeccionarse, es decirle que se cree en él, es afirmar su capacidad de llegar a ser mejor. No resulta raro ver a un estudiante que se esfuerza poco y que presenta una asistencia intermitente, cambiar su actitud asistiendo con más regularidad y volcándose con una dedicación personal totalmente nueva en su trabajo. Una recta personalidad elevará su nivel de exigencia si delante de él ve un esfuerzo real por hacer bien su trabajo.

Esta realidad se inscribe a su vez en otro terreno: la educación de mis hijos cuando he sido madre, puesto que las tareas educativas resultan entonces más variadas, más densas y ¡se viven a muy largo plazo!

¡Es verdad que no se puede exigir a un niño el esfuerzo que nosotros mismos nos resistimos a hacer! La educación no es un discurso, es la propia vida que se da de modo que su carácter se imprime en el alma de los niños: es lo que da el “tono” cristiano a una familia. Esta es una gran responsabilidad ¡puesto que la vida familiar se basa en la proximidad 24 horas al día! El trabajo en casa implica más a la persona en sus virtudes humanas que en sus cualidades intelectuales o en una competencia específica. No se trata aquí tanto de poner en práctica conocimientos o un saber hacer, sino un saber ser. Y a través de los escritos y la vida del Beato Josemaría, se reconocen los vínculos directos entre la lucha personal y la eficacia a través de la gracia. Cuando se debe compaginar vida familiar y vida profesional, se comprende muy bien este juego entre lucha personal y gracia de Dios. Vemos a diario que una vida familiar sin un enfoque profesional es frágil y subjetiva... y que una vida profesional sin la implicación generosa de la persona se deshumaniza. Lo que se santifica en la vida familiar enriquece nuestra vida profesional. Y lo que hayamos santificado en la vida profesional reforzará la exigencia de una vida familiar trabajada».

También una formación profesional coherente, sólida y ética es capaz de alimentar e inspirar sus “estrategias” de convivencia dentro del matrimonio. Un buen modo de conciliar trabajo y familia: que un ámbito alimente al otro, que trabajo y familia en vez de enemigos, sean aliados. Buen humor, complementariedad y aprender a convertir las dificultades en auténticas oportunidades. Así cuenta el uruguayo Raúl Lagomarsino, su experiencia: «Estoy casado con Mariana desde hace unos meses, ella estudia medicina y yo preparo mi doctorado en el IESE. A pesar de llevar muy poco tiempo casado, y de no tener hijos todavía, compruebo

que la vida ordinaria exige de mí un esfuerzo constante por mantener el buen humor, a veces los pequeños problemas de la vida diaria y la tensión del trabajo llevan a que la paz y alegría familiar pueda verse amenazada. El carácter puede agriarse y ver cargas en cosas que antes se deseaban, como por ejemplo volver a casa cada día. Entonces pienso en lo que nos decía el Beato Josemaría, que tenemos que hacer de nuestra familia “hogares luminosos ya alegres”. Para lograrlo no es necesario invertir en costosos regalos, ni irse de vacaciones a sitios cada vez más exóticos, y desde luego dependerá de cada situación particular, sin embargo, estoy convencido que en la enorme mayoría de los casos, para mantener un hogar alegre los esfuerzos no tendrán que ser muy fuertes, aunque sí *constantes*. En mi caso, tanto mi esposa como yo, tenemos un carácter fuerte, y somos muy discutidores. He descubierto un par de puntos que, a pesar de su aparente simpleza, nos ayudan mucho a mantener el buen ambiente en casa. Intentar mantener siempre el buen humor me ha sido también de gran ayuda en mi trabajo. Soy profesor de una escuela de negocios, y para mis clases empleo el *método del caso*. El buen humor incluye la capacidad de encontrar siempre algo *positivo* en cada contribución de los alumnos, y poder exponer lo *negativo* de forma clara pero simpática. Esto lleva a que los participantes no se sientan ofendidos con las correcciones, expongan su opinión con mayor frescura y sin timidez, contribuyan al diálogo constructivo, y además, que se diviertan en el proceso. Al mismo tiempo, genera un clima de confianza mutua e incluso amistad, que se continúa fuera del aula. Esto es lo que intento día a día en nuestra convivencia».

Búsqueda de soluciones, pequeñas renunciadas a favor de lo importante en cada momento, creatividad y decisión en el modo de llevarlas. Todas estas actitudes son importantes pero requieren previamente un punto de partida: el trabajo es medio, no un fin.

Cristine Nunje, *profesional keniana*, relata así la influencia de la formación recibida en *Kianda College* junto con el influjo positivo de su familia. «Después de obtener mi bachillerato en *Loreto Convent Valley Road*, me matriculé en el *Kianda Secretarial College* para seguir un curso preuniversitario antes de entrar en la Universidad. Aquí tuvo lugar mi primer encuentro formal con el mensaje del Beato Josemaría. En ambas instituciones se impartían y defendían valores de gran solidez. También se ponía mucho hincapié en un alto nivel académico. Como resultado, se creó en mí un fuerte sentido de ambición profesional. Por lo tanto, cuando entré en la Universidad en 1994, estaba resuelta a sobresalir por amor a Dios, algo que había aprendido del espíritu del *Opus Dei*.

Me incorporé al Banco Mundial después de finalizar mi Master en Sidney, Australia, en 1998. Empecé a trabajar a finales de 1999. Trabajo en el Programa

de Agua y Saneamiento como Analista de Presupuestos. El Banco Mundial atrae a profesionales de gran calidad y con una dilatada experiencia en sus campos de especialización. En este sentido, me supone un desafío. Dados sus vastos recursos, ofrece oportunidades para un desarrollo profesional prácticamente sin límites.

Las enseñanzas del Beato Josemaría han sido fundamentales para ayudarme a mantener el enfoque correcto en un entorno muy competitivo y con un elevado nivel de exigencia. Trabajando con profesionales de talla mundial, cada día debo enfrentarme al reto de cumplir y superar las expectativas, especialmente de mis superiores. Saber que este trabajo es una herramienta para mi santificación me anima a buscar la excelencia. Ello a su vez exige hacer realidad en mi vida virtudes básicas como la diligencia, el orden, la caridad y la fortaleza. Mi trabajo me exige recurrir constantemente a Dios para poder mantenerme centrada en él, a la vez que me mantengo despegada del trabajo que no es en sí mismo un fin».

Otras, como la *periodista y abogada española*, Yolanda Serra, aprendieron, gracias al Beato Josemaría, a salir del ostracismo en el que muchos caen perdiendo de vista la dimensión familiar de su vida.

«*Yo era una persona* que no tenía tiempo para mi familia, ni mis compañeros de clase, ni mis amigos hasta que conocí el Opus Dei. ¿Amigos? Ni siquiera salía el fin de semana a tomarme un café. Mi único objetivo: ser la mejor en mis estudios para llegar a ser la mejor en mi profesión... a costa de lo que fuese! Solía estudiar más de 10 horas al día los fines de semana y unas 7 los demás días. Esto sucedía desde que empecé COU— que por supuesto saqué con matrícula de honor— pero ¿para qué? ¿De qué sirve ser un 10 en la profesión y un 0 en calidad humana? El resultado es un mediocre 5...

Mientras estudiaba COU vivía en Vic, un pueblo de la provincia de Barcelona, más tarde al empezar la Universidad estuve viviendo en casa de una de mis abuelas los dos primeros años. Allí todavía fui peor. Mi abuela era viuda y yo ni siquiera tenía que convivir con mis hermanos, ni escuchar a mis padres decir que era una egoísta y sólo me preocupaba de lo mío. Tan sólo tenía que preocuparme de mí misma.

Veía que mi egocentrismo era total y que necesitaba llenar mi vida con algo más que el estudio. Por eso me quise apuntar a un gimnasio, a clases de baile y a la tuna femenina de la Universidad. Seguía teniendo un vacío total. Prácticamente no tenía amigos en la facultad, tenía psicosis de dejar mis apuntes y controlaba lo que los demás estudiaban para que no sacasen mejores notas que yo. Mis padres me propusieron ir a una residencia universitaria, para ver si así aprendía a convivir con los demás, estudiando mucho también. Así llegué a una residencia universitaria del Opus Dei, Ribalera, ubicada en la ciudad de Barcelona.

Para mí la vocación al Opus Dei ha supuesto un cambio de 180° en mi vida. Sigo trabajando y mucho, he estudiado dos carreras universitarias, pero en lugar de querer el resultado y el éxito para mí, lo que procuro ahora es hacerme santa con mi trabajo, que los demás también se acerquen a Dios, que sea Dios el que brille si tengo éxitos y se conviertan— como me pasó a mí— el máximo número de personas posibles».

Para M.C., *periodista española* fue decisivo el ejemplo de sus padres. Ellos le transmitieron unos valores que ahora ha sido capaz de poner en ejercicio cuando tiene un trabajo absorbente y una familia que cuidar. «De generación en generación».

«Dios está presente en muchos de mis recuerdos infantiles. Mis padres fueron introduciendo costumbres de vida de piedad cristiana con naturalidad y paulatinamente, a medida que mis hermanos y yo fuimos alcanzando el uso de razón. Mis padres nos enseñaban a tratar a Dios como Padre bueno y comprensivo. Nos enseñaron a acudir a Él y a la Virgen con confianza y sin miedo. Ese “no pasa nada” que apuntaba tantas veces el Beato Josemaría.

Para que nos “aficionáramos” a asistir a Misa los días laborales, mi padre nos premiaba acompañándonos al Colegio en coche —generalmente, íbamos andando— e invitándonos a desayunar en una cafetería. A pesar de los madrugones, nos encantaba acompañarle para tomar unos deliciosos *croissants* recién hechos rellenos de chocolate. Al principio por interés, gracias a aquellos pequeños “chantajes” creció en nosotros el amor a la Eucaristía y se fue arraigando la costumbre de asistir a la Santa Misa cuando necesitábamos especialmente la ayuda del Señor. Años después, descubrí que muchas de aquellas oraciones, como la “comunión espiritual”, que nos enseñaba mi madre, las rezaba también el Beato Josemaría.

Gracias a Dios, mis padres han tenido fortuna en los negocios lo que les ha permitido criar a sus diez hijos con cierta holgura económica. Sin embargo, en casa se vivía la pobreza cristiana. Mis padres nos enseñaron a utilizar el dinero cuando era necesario y no nos permitían malgastarlo en lujos o caprichos. Nos enseñaban a compartir nuestras cosas con los demás. Recuerdo especialmente cómo después del día de Reyes nos animaban a dar a los pobres uno de nuestros regalos. En casa, a través de pequeños encargos se nos enseñaba que hay que acabar las cosas con cariño, bien hasta el final. Nuestros encargos solían ser cuestiones en las que teníamos que prestar un servicio a los demás: recoger la mesa, ponerla o limpiar los zapatos, por ejemplo.

Mi madre siempre ha puesto a la familia por encima de otros intereses personales y profesionales. Su ejemplo de dedicación y todas estas enseñanzas recibidas son hoy para mí un auténtico acicate. Me ayudan mucho a luchar por com-



patibilizar ambas esferas de mi vida, insistiéndome en la necesidad de cuidar bien de mi marido y de mis hijos.

Considero apasionante tener la oportunidad de compatibilizar mi vocación profesional y el cuidado de mi hijo. Mi marido y yo estamos de acuerdo en la importancia de la presencia física en la educación de nuestros hijos. También coincidimos en mi necesidad de trabajar fuera de casa. Creo que además de calidad de tiempo es fundamental dedicar cierta cantidad. El año pasado, antes de que naciera Javier, yo compatibilizaba dos trabajos y el cuidado de la casa. Este año, sin embargo, he decidido renunciar al segundo trabajo para estar más tiempo con mi hijo. Me levanto temprano, rezo, voy a trabajar y vuelvo a casa —me he propuesto: cuatro de cada cinco días— sobre las 5:30. Me da tiempo, por lo tanto, de jugar un rato con Javier, bañarle, acostarle y darle la cena. Los fines de semana, hacemos un esfuerzo para dedicar el 100% del tiempo a Javier. Así, que nos lo llevamos a todas partes.

Para poder salir a las 7:00 de casa, mi marido se queda hasta las 8:00 esperando que llegue la canguro. Personalmente, delego todo el cuidado de la casa en ella. De este modo, cuando llego a casa, sólo estoy por Javier. Incluso compro por teléfono para no perder tiempo. Tanto la sociedad, como los maridos y empresas están empezando a aceptar esta realidad, aunque personalmente nos parezca que pertenecemos al grupo de las pioneras».

Un testimonio éste, en el que se palpa el agradecimiento por haber recibido un modo atractivo de vivir el cristianismo, algo muy parecido a lo que le pasa a la *empresaria española* Belén Martín Cabiedes. En su caso, hay que añadir la profunda formación profesional y ética recibida al estudiar el master del IESE, y el ejemplo de su padre en la vivencia coherente del periodismo. Para ella el mensaje del Beato Josemaría, recibido a través de su familia y de unos estudios de postgrado, ha determinado un modo de vivir su vida familiar que no descuida los detalles de la convivencia y además la elección en sus publicaciones, de una línea editorial que apuesta claramente por la familia con el lanzamiento de una revista especialmente dedicada a ella.

«Reflexionando sobre el matrimonio de mis padres, lo que más me llama la atención es el cariño mutuo y su calidad humana, esto ha supuesto para todos los hermanos un testimonio de íntima compenetración entre ellos a pesar de la singularidad de cada uno. Gracias a este ambiente en casa comprendí que entre mi vida profesional y familiar no debía existir ninguna contraposición. La vida es una e indivisible y en esas dos facetas que se me ofrecen, es precisamente en las que tengo que encontrar el sentido consecuente con mi fe. Pienso que desde el momento en que tuve que elegir carrera ya tenía la idea clara de servir a los demás, quizá por eso se me ocurrió ser Médico Pediatra, idea que luego deseché

para inclinarme por el mundo de la empresa, con la intención de meterme en el mundo en el que se ha movido siempre mi familia, el sector de los medios de comunicación. Nunca he contrapuesto las tareas del hogar al trabajo profesional, ni he hecho de ello una batalla. Por ejemplo, jamás me pasó por la cabeza tener un hijo menos para poder tener mayor holgura profesional.

Pienso que, en cierto modo, tenemos que conseguir que cada uno de estos dos ámbitos —profesional y familiar— no se enfrenten entre sí como en competición, sino que se comprendan y acepten. Tenemos que intentar que tanto el marido como los hijos se sientan cómplices del trabajo de la mujer fuera del hogar y no sólo por el aspecto económico que esto conlleva a fin de mes. Llevar a los hijos pequeños de vez en cuando a la oficina de mamá, dar a leer y pedir opinión a los más mayores sobre los originales de algunos libros antes de editarlos o simplemente contar al marido las incidencias por las que atravesamos para llegar al objetivo de ventas que nos hemos marcado, son ideas prácticas que a mí, pienso que me han funcionado.

Esa dualidad familia-trabajo profesional tiene aspectos positivos que hay que potenciar. Por ejemplo, que te ayuda a olvidarte de ti para atender a los demás. Cuando coges el ascensor por la mañana para ir a la oficina, “intentas” —digo “intentas” porque ni puedes ni quieres lograrlo— olvidar la fiebre del niño que te ha tenido la noche en vela. Al volver del trabajo borras de la mente —eso es más fácil— ese cliente que no paga o el proveedor que incumple. En ese doble juego, puedes llegar a la noche y descubrir entonces, que te has olvidado de ti. Ésta era una fórmula eficaz que mostraba el Fundador del Opus Dei para estar siempre alegres.

Aprendí también en casa que el trabajo en el hogar es un trabajo profesional que ha de realizarse con la mayor perfección posible. No me he dejado obsesionar por tener la casa perfecta, aunque esto no quiere ser una excusa para ir tirando, sino que es evidente que hay que hacer grata la vida a los demás también en lo material. De las pocas frases redondas que escuché a mis padres desde muy pequeña, era que el trabajo había que hacerlo bien. Así se lo hago ver a mis hijos cuando al recoger la mesa dejan sin terminar las cosas.

En el IESE aprendí también que el buen directivo no es el que más hace sino el que mejor consigue que otros hagan. Y como creo que llevar una casa no difiere mucho de llevar una empresa, puesto que en ambos casos estamos dirigiendo seres humanos, delego mucho las tareas materiales de la casa, tanto en mis hijos a través de los encargos como en la empleada de hogar.

Como en la empresa, podemos estructurar las tareas domésticas en una pirámide de prioridades. En la base se encuentran las labores del hogar: alimentación, limpieza y mantenimiento. Si se realizan adecuadamente decimos que la casa “funciona”. En el nivel intermedio se encuentran las tareas destinadas a

mejorar la vida familiar: orden y decoración, salud, ocio,... están encaminadas a crear un ambiente grato, un hogar “en el que apetece estar”. Por último, en el nivel superior se encuentra el matrimonio y la educación de los hijos, tanto en el aspecto intelectual como humano y espiritual. Pues bien, cuanto más descendemos en la pirámide, más debemos delegar para así disponer de una mayor dedicación a esas tareas superiores, mucho más importantes».

En otras ocasiones, como en el caso de la madre de diez hijos alemana, Martine Liminski, se toma una decisión exclusiva: dedicarse al hogar y a la familia aunque socialmente no se comprenda esta opción: «Humanamente, proporciona un gran sentimiento de satisfacción y una ocasión única para demostrar un poco de amor y comunicar ese espíritu de servicio gratuito. Nadie reconoce a menudo el trabajo del hogar, pero Dios sabe cuánto amor se pone. Lo que importa no es ya la perfección del resultado para que los demás lo juzguen. El trabajo de una madre es sin duda uno de los trabajos con más espíritu de sacrificio y de servicio por amor. Pero es también ahí donde resulta más fácil vivirlo, puesto que se trata de quienes más queremos en el mundo. Es preciso tener paciencia y humildad para no querer obtener resultados inmediatos o concretos de la oración o del trabajo de uno, sino aprender también a dejar a Dios la última palabra. Se trata de aprender el amor sin condiciones con la certeza de que Dios pone el resto si hemos sido generosos. ¡Qué oportunidad en una sociedad en la que todo el mundo espera ser premiado o remunerado por cada uno de sus gestos!».

Otras madres de familia, en este caso con nueve hijos como la australiana Mary Limbers, se plantea ampliar los límites del propio hogar promoviendo asociaciones a favor de la familia. A través de las enseñanzas del Beato Josemaría y de los cursos impartidos en el Instituto de Ciencias de la familia de la Universidad de Navarra, Mary Limbers no sólo ha resuelto estas dos facetas: familia y trabajo, sino que ha sido capaz de transmitir a otros un cierto modo de vivir a través de su participación en *Family Education Australia* (FEA) donde ha podido contribuir a la revitalización de los valores familiares. Prioridad de la familia y medidas gubernamentales que la favorezcan, son algunas de las soluciones prácticas que propone. «En nuestra sociedad chicos y chicas reciben la misma educación escolar, con la finalidad primordial de que lleguen a integrarse en el mundo laboral. Así la esperanza de la mayoría de las chicas es estudiar una buena carrera. Sin embargo, la instrucción respecto a la maternidad como profesión sigue siendo prácticamente inexistente, y sigue sin estar bien incorporada dentro de las expectativas psíquicas de muchas mujeres. El enfoque de la necesidad de un trabajo remunerado como medio de conseguir una identidad respetable, junto con la notable falta de aprecio por las madres que se quedan en casa, lleva a muchas mujeres a dudar del valor de ser “sólo madre de familia”.

La mayoría de las mujeres quieren tener hijos, sin embargo, las fuertes exigencias muchas veces no deseadas de la maternidad, dejan a muchas madres inseguras de sí mismas. Con este telón de fondo muchas mujeres se preguntan seriamente acerca de lo que significa realmente ser madre, además del hecho de tener un niño. Es entonces cuando las mujeres afrontan el “dilema de la elección”. Mi marido y yo hicimos varios cursos prácticos y cursamos por correspondencia un Diploma en *Family Studies*. Esto no sólo amplió mi formación, sino que a la vez estimuló mi interés por esta área de estudios.

Como resultado, he participado activamente en *Family Education Australia* (FEA) varios años. Esta asociación ayuda a muchos padres de familia a reconocer la importancia de los valores familiares que hasta hace poco se daban por supuesto, dirige cursos prácticos sobre cómo implementar estas ideas en la vida diaria. Nuestro programa actual se centra en la educación de los niños hasta la adolescencia. Facilitamos también todo tipo de reuniones y grupos de estudio suplementarios relacionados con temas familiares.

Esta participación en FEA me ha ayudado a desarrollar un buen criterio y poder enjuiciar una de las preguntas más comunes de las mujeres australianas de hoy: ¿Debería quedarme en casa con los niños o “volver al trabajo”? Yo tengo un título universitario *Bachelor of Commerce* y trabajé previamente como consultora de una compañía de *Software Contable*. Cuando me tocó decidir sobre esta cuestión, me pareció indispensable conocer bien las alternativas y sus consecuencias antes de hacerlo. Me preguntaba si el hecho de ser “sólo madre de familia” era desperdiciar mis conocimientos y mis habilidades para contribuir al sustento familiar. Gracias a las enseñanzas del Beato Josemaría sabía que cualquier trabajo honesto, hecho por amor a Dios es más valioso que un trabajo hecho por razones meramente egoístas, y por tanto, que ser “sólo madre de familia” sería verdaderamente una ocupación importante. Por supuesto era mucho más que esto: era una vocación de Dios.

Creo que sólo cuando una se da cuenta de cuánta falta hacen en la sociedad madres bien formadas, puede tomarse la decisión acertada de dejar el hogar para realizar otro trabajo. Las respuestas a preguntas como: ¿Por qué salgo a trabajar? ¿Es ésta una libre elección o me siento presionada por razones económicas? ¿Tengo necesidades económicas reales o es que he sucumbido a la mentalidad materialista creándome falsas necesidades?

Este problema debe ser estudiado urgentemente por los gobiernos o la sociedad pagará las consecuencias a través de mayores costes sociales en el futuro. Una solución sería fijar un sistema fiscal más justo respecto a la familia permitiendo la partición del salario único. Soy miembro de *Australian Family Association* y ésta es una de las reformas económicas que estamos solicitando del gobierno. Porque por el hecho de que el trabajo de las amas de casa no se inclu-

ya en los cálculos del *Producto Interior Bruto* no significa que la sociedad no se beneficie enormemente del trabajo no cuantificado de las madres en su hogar.

Para mí, madre de nueve hijos, y creo que para la mayoría de las madres, no hay una única respuesta. Las circunstancias de nuestras familias cambian regularmente; lo que es apropiado en un momento deja de serlo unos meses después. Por esta razón, creo que si una decide trabajar también fuera del hogar, siempre que sea posible, debiera procurar una situación flexible. Yo he tenido la suerte de haber podido pasar, de ser una madre *full time* realizando todos los quehaceres del hogar, a una situación de trabajo remunerado y luego, de vuelta al hogar por necesidades familiares. Dondequiera que sea posible, deberíamos estimular la adopción de estructuras flexibles en el mercado laboral. Mientras hay límites manejables de trabajo fuera del hogar es posible llegar al punto medio entre vida de familia y compromiso laboral».

En cualquier caso no es el número de hijos el factor determinante de una irradiación de la familia en la sociedad. Este es el caso del congoleño Philemon Angelete, *ex fiscal General del Estado* en su país, casado desde hace 32 años y sin hijos.

«He sido Fiscal General del Estado en mi país y aunque estoy casado, Dios no me ha dado hijos. El espíritu del Beato Josemaría me ayudó a entender mejor el concepto de familia. Me empujó a servirme de mi “familia ampliada”. Lo cierto es que se me consideró durante mucho tiempo como una persona notable que debía intervenir en los problemas matrimoniales y los conflictos familiares. Los problemas planteados por los primos, los hijos de los primos, hermanos y los hijos de los hermanos y hermanas fueron muchos. En cualquier caso, tener claro que “Dios primero, luego los demás y por último, uno mismo” orientaron mi actuación y me llevaron a tomar unas soluciones más o menos exitosas.

En el marco profesional, al ser un alto cargo de una gran empresa, sorprendí a todo el mundo cuando decidí dar prioridad a las nociones de puntualidad, orden, limpieza y constancia que respaldan a la caridad en el ámbito del trabajo. Y no fue fácil. Quizás los resultados no puedan verse en la actualidad ya que el país se ha visto asolado por dos pillajes a los que han seguido guerras, pero Dios es testigo de los esfuerzos que hemos hecho para mejorar las virtudes humanas como base de todo desarrollo. En la empresa pública en la que acabo de cumplir 11 años de vida profesional como ejecutivo; viví de varias maneras el espíritu del Beato Josemaría en las relaciones profesionales. Pero mi recuerdo más vivo se refiere a la clasificación de los *dossiers* de un personal de más de 1.500 agentes contratados y desplazados sin tener en cuenta las normas profesionales ni legales existentes. De 1980 a 1986, el personal de la empresa en cuestión había

pasado de 600 a 1.500 personas. En 1996, había que recompensar mediante promociones y jubilaciones con regalos de fin de servicios a quienes tenían derecho a ello. De los 1.500 agentes, los Directores en funciones no presentaron más que a unos pocos agentes para su promoción, y jubilaciones con regalos. Se trataba de una gran injusticia. Movido por el deseo de justicia y de paz que yo aprendí del Beato Josemaría, asumí la responsabilidad de volver a asignar a cada agente su fecha de entrada, su última promoción, sus notas de méritos desde el punto de vista profesional, su región de origen, y su nivel de estudios. Se formó un equipo de cinco miembros que debía trabajar con espíritu de justicia y de paz social. Fue preciso un año de trabajo duro, con muchas privaciones y oración para sacar unas listas que fueron aprobadas por unanimidad por el Comité de Gestión, el Consejo de Administración y los órganos de representación de los agentes». Todo un ejemplo no sólo de coherencia y ética profesional, sino también de voluntad clara: humanizar el mundo laboral, algo que sólo es posible desde la experiencia vivida de las virtudes dentro de la familia.

También la experiencia en el propio hogar puede servir de base en el éxito en el desempeño de determinados trabajos. En ellos la dimensión asistencial se ve reforzada por las virtudes que desarrolla un ama de casa y madre de familia. Es el caso de la japonesa Toshiko Hiroshima. «Con mis tres hijos ya mayores, mi trabajo en casa disminuyó, fue entonces cuando empecé a pensar a qué trabajo me podría dedicar. Finalmente, me decidí por el cuidado de ancianos, ya que había estado cuidando a mi suegro enfermo varios años. Entonces, en mi inocencia, se me ocurrió pensar que para este trabajo bastaría tener buena salud y paciencia.

Después de unos meses, me encargaron del cuidado de cuatro ancianos y fue entonces cuando me di cuenta de la realidad: me encontré con muchas dificultades y tuve que dedicarme al estudio, para poder responder a las muchas enfermedades —físicas y mentales— de estas personas. Comprendí además, que para poder hacerlo bien, hacía falta tener verdadero deseo de servir y que había que poner mucho cariño en todo.

Durante seis años he atendido a un gran número de personas de las cuales he aprendido muchísimo. Algunas, aunque estén atendidas materialmente, sufren de la soledad y agradecen cualquier atención que se les preste, especialmente escuchándoles. Me doy cuenta de que siempre está a mi lado el Beato Josemaría, ayudándome a realizar este trabajo. Muchas veces ante un problema que surge de improviso, acudo a su intercesión de un modo espontáneo con una actitud que nace del fondo del corazón. He notado siempre su ayuda eficaz para resolver los distintos asuntos y llegar a todas mis obligaciones».

Otra oriental, Hiroko Inushima Kobe, descubre —en contra de su propia tradición cultural y religiosa— que no hay dos mundos, el material y el sagrado.

Gracias a este cambio de perspectiva descubre a Dios en circunstancias que en otro momento lo hubieran parecido una desgracia. «Trabajo en una oficina de correos desde hace 44 años. Recibí el Bautismo cuando tenía veinte años y siempre me encontraba en la duda de cómo podía vivir mi fe realizando mi trabajo. Del Beato Josemaría aprendí a ofrecer mi trabajo y entendí que podía transformar mi trabajo en oración. Todos los días, procuro vivir lo que el Beato Josemaría nos ha enseñado: ver a Dios y a las almas en el trabajo que realizo. Procuro cada día, comenzar y recomenzar en la lucha para unirme cada vez más a Cristo, me esfuerzo por sonreír siempre. A mi hija, que desde hace trece años padece una enfermedad mental, procuro atenderla con cariño y cuidarla en todo lo que necesita». Por otra parte, a la conciliación trabajo-familia ya de por sí compleja en los tiempos que vivimos, hay que añadir las circunstancias extraordinarias que podrán hacerla más difícil. El testimonio de Maruja, que debe remontar una situación de abandono familiar por parte del marido, demuestra que también entonces es posible ver la luz. «La historia empezó hace casi cuatro años. Hasta entonces, mi vida era normal, vivía una situación personal y social muy buena, parecía que todo iba viento en popa... pero mi marido empezó a cambiar, a hacer cosas que nunca antes había hecho. Un día desapareció. Han pasado dos años y medio desde entonces y lo que sé de él es a través de mis hijos —a los que ve de vez en cuando—, y de mis suegros. Nunca ha dicho dónde vive, y hasta hace un año desconocíamos su teléfono. ¿Cómo puede una persona soportar todo esto? A veces me asombro de la resistencia humana. Pero la frase que resume cómo he podido sobrevivir a semejante temporal, y cómo lo voy resistiendo todavía —pues la historia ni en broma ha terminado—, me la dijo una amiga hace ya tiempo: “agárrate a Dios como una lapa”. Y eso he hecho, y eso sigo haciendo, pero he tenido que aprender muchas cosas.

Tuve algunos problemas con mis hijos —alguno, muy serio— y la frase venía a mi mente... pero la olvidaba. Hasta que hubo un momento en que el mundo se rompió y entonces supe que el momento había llegado: «En momentos de agotamiento, de hastío, acude confiadamente al Señor, diciéndole, como aquel amigo nuestro: “Jesús: Tú verás lo que haces... antes de comenzar la lucha, ya estoy cansado”»<sup>2</sup>.

Y ahí estaba conmigo, una persona a la que no conocía, dándome todo lo que veía que necesitaba, su tiempo, sus ojos, su cariño, su conocimiento, para enseñarme a andar, a moverme en medio de la tormenta. Con su ayuda, lo he conseguido, y lo voy consiguiendo día a día. En el Opus Dei he encontrado esa formación básica que todos deberíamos tener y no tenemos, algo así como el saber

<sup>2</sup> *Forja*, 244.

conducir un coche, o saber nadar... Se nos ha olvidado que hay que *saber* vivir, que vivir no es vegetar ni vernos arrastrados por el mundo en que estamos metidos. Vivir el “hágase tu voluntad” del Padrenuestro, y hay que saber hacerlo... y yo no sabía.

Me han enseñado a conocer a Dios Padre, a tratarle, a escuchar su palabra, me han enseñado la “conversión” a Dios, “volverme” hacia Él y escucharle, porque habla muy fuerte. Y su poder es obvio. Pero somos una generación que vive para sí y escuchamos poco, y a esto, hay que aprender también. Ahora sé qué hago yo en esta vida, me conozco cada vez mejor, conozco mi sitio y disfruto con lo que Él me da, día a día.

Cuando todo esto ocurrió, yo trabajaba —siempre lo he hecho—, y mi trabajo llenaba una gran parte de mis horas. Pero no era como ahora. He aprendido a trabajar de otra forma, mis compañeros —tan fieles durante la crisis— siguen siendo los mismos, pero veo detrás de ellos a las personas que antes era incapaz de apreciar... La dimensión que tiene ahora mi trabajo, no se parece en nada a la de antes. Y cuando me preguntan que cómo me las he arreglado para ser madre, padre y trabajadora a la vez, les respondo que como he podido, a base de equivocarme y rectificar, como en todo. Me di cuenta de que tenía una oportunidad de oro para lanzarme a un nuevo reto profesional, quería hacer las cosas bien a fondo. Y empecé de nuevo: volví a la Universidad a hacer un nuevo curso. Y con él en el bolsillo, con mayor seguridad profesional en mí misma, sigo este año, con más trabajo que nunca, pero con más ilusión que nunca también. No me ciega el trabajo, es tan sólo una faceta importante de mi vida, un lugar en el que puedo desarrollar parte de ella, dando allí lo nuevo y lo viejo que hay en mí. Pero tiene su sitio en mi lista de prioridades. Y el primero lo tengo bien claro: es mi familia.

Me di cuenta de que ahora era yo la capitana del barco de la familia. Yo era ahora padre y madre a la vez, y pensé que debía estar más disponible que nunca para mis tres hijos. Pero trabajaba muchas horas. Por ello, decidí tener los canales de comunicación siempre abiertos, cogía el móvil en medio de reuniones — el móvil tiene un chivato estupendo y dice quién llama—, sabían que podían ir a verme al despacho siempre que me necesitaran, que al principio, eran muchas veces. Nos íbamos al bar y hablábamos... Últimamente he podido organizarme para comer con ellos varios días a la semana y cenamos juntos siempre que pueden. Ellos me han ayudado a mí también en muchas cosas, incluso en algo tan simple —y tan pesado para mí— como es hacer la compra semanal. Uno de ellos es el encargado, ahora la hacemos por Internet, la tecnología nos ha ayudado a ganar tiempo. Y he tenido mucha suerte con la empresa en la que trabajo, pues gracias a ella y con su ayuda, he podido facilitarles la relación con otras compañías y con el mundo profesional».



La enfermedad inesperada o la ruina familiar son, como en el caso de M. Elina Segret, una ocasión en vez de una dificultad insuperable. «Hace once años un hecho transformó totalmente mi actividad profesional. Mi esposo sufrió un terrible accidente de tráfico y, de la noche a la mañana, tuve que dejar un trabajo como docente —para el cual había estudiado— para dedicarme a una profesión que hasta ese momento desconocía y que pasó a convertirse en el sostén de mi familia: la imprenta de mi marido. ¿Cómo lograr hacer compatibles las intensas jornadas laborales con las obligaciones familiares de mujer cristiana? La respuesta siempre la encontré en la vida y enseñanzas del Beato Josemaría. Aprendí de él que la profesión u oficio que cada uno desempeña —sea el que fuere— es camino auténtico de santidad y que para eso es necesario realizarlo con la mayor perfección posible: perfección humana, es decir, competencia profesional y perfección cristiana, o sea, por amor a Dios y en servicio de los demás. También descubrí a través de sus escritos y ejemplo de vida la importancia de apoyar mi intensa labor en los medios sobrenaturales de la oración y el sacrificio cristiano. Es más, como los hijos aprenden de sus padres, tomé de su piedad el amor a San José y me propuse difundir su devoción. Lo nombré patrono de mi nuevo trabajo y le encomendé, a la par que al Beato Josemaría, que se multiplicasen los clientes. Al poco tiempo lo que era un simple taller de impresión se convirtió en un estudio de Arte y Diseño. Actualmente, trabajan conmigo más de 25 personas, entre redactores, creativos, contadores, cadetes... Hace un par de años tuvimos que volver a mudarnos a unos locales más amplios con nuevas máquinas y mayor espacio para poder encauzar mejor el trabajo que no para de llegar a nuestras oficinas».

Los frecuentes cambios de trabajo y de residencia del *empresario holandés* Gerard Grass no disminuyeron su deseo ni la intensidad por mantener el nivel de convivencia e intimidad de su familia. Gerard Grass tenía claro que cualquier cambio de empresa suponía un reajuste en el tiempo dedicado a su mujer y a sus hijos. Reajuste, nunca reducción o eliminación. Por otra parte, su amor a la familia como institución le lleva a plantearse romper algunos moldes de la estratificada sociedad holandesa y formar grupos de matrimonios amigos en torno a actividades de orientación familiar.

«En 1981 empecé a trabajar en un pequeño banco extranjero con unos 25 empleados y con un ambiente de trabajo bastante informal. En general en Holanda el horario laboral permite una compatibilidad bastante buena entre trabajo y familia, en el caso de que sólo uno de los padres trabaje fuera de casa. Después de unos tres años en el banco no había muchas posibilidades para desarrollarme más profesionalmente. Busqué otro trabajo y lo encontré en otro banco. Tampoco se cumplían todas mis expectativas en éste, además de que no me gustaba mucho el ambiente profesional y personal allí, ya que no me permitía tener buenas amista-

des y en menos de un año volví a buscar otro trabajo. Esta vez lo encontré en una empresa de investigación y *consulting*.

Ya teníamos dos hijos y los temas de la educación me interesaban cada vez más. No era tanto cuestión de interés intelectual, sino más bien el sentirme responsable de la educación de nuestros hijos y de ayudar a nuestros amigos». Había leído en los escritos del Beato Josemaría su gran amor y preocupación para las familias.

En la segunda mitad de los años 80 empezamos a invitar a algunas personas expertas en temas de educación e intercambiar ideas y experiencias educativas. Mientras tanto se organizaban actividades divertidas para los niños. El ambiente de tales días era muy informal y acogedor. Pudimos invitar y conocer a muchas familias. Al mismo tiempo mi mujer y yo íbamos preparándonos para actividades más directas con padres. En 1988 fuimos a un congreso sobre orientación familiar y el año siguiente pudimos organizar con la ayuda de algunos padres belgas un primer cursillo para padres.

En 1990 teníamos ya 5 hijos. El mayor tenía 9 años, la pequeña un par de meses. Vivíamos en una casa alquilada en Rotterdam. Trabajaba hacía 4 años en una empresa de investigación y *consulting* en el sector de transporte y tráfico. El trabajo me había costado algo durante el primer año, porque el nivel teórico era más alto de lo que había previsto. Los contactos personales dentro de la empresa eran bastante buenos. Fuera del horario laboral me permitía colaborar organizando actividades culturales y deportivas para y con los colegas. Normalmente trabajaba de 08.30 hasta las 17.15 horas, lo que me permitía llegar a casa antes de las 18.00, hora de la cena en Holanda. Después de la cena, limpiar la cocina, llevar a los pequeños a la cama a las 20.00 y tener una tarde-noche disponible para otras cosas.

En el año 1989 habíamos iniciado un primer ciclo de la orientación familiar en Holanda. Con la ayuda de algunas parejas de Bélgica traducimos algunos casos al holandés, buscamos y encontramos unas 6 parejas y empezamos un curso. Nos reunimos cada mes en casa de una de las parejas. Pudimos encontrar en nuestro barrio algunas parejas protestantes del colegio de nuestros hijos. A pesar de los inconvenientes, hemos podido repetir estos cursos durante tres años más.

La conclusión más importante para mí en relación con mi mujer y mis hijos era y es luchar por tener el tiempo suficiente para dedicarlo personalmente a cada uno de la familia. Con los niños descubrí varias maneras para hacerlo. Una era dar una vuelta en bici y charlar un poco sobre el colegio, sus amigos, etc. Otra era acompañarme a la compra semanal que me tocaba los sábados por la mañana. Así, el hijo que me acompañaba podía elegir las chucherías para él y sus hermanos. Con mi mujer aprovechábamos sobre todo los viajes a las reuniones para

comentar las relaciones con los hijos y hablar de la nuestra también. Como los hijos todavía eran pequeños, normalmente a partir de las nueve de la noche teníamos tiempo para nosotros solos, hablar, ver la tele o escuchar música». La historia de Gerad Grass no termina aquí, continúa en una sucesión de trabajos, cambio de países y paradójicamente de impulso de nuevas iniciativas en pro de la familia. Un caso más de esfuerzo personal por convertir una dificultad en una oportunidad.

La cooperación de todos los miembros de la familia es otro de los aspectos que surgen en los testimonios de un modo u otro. Yoko Kohno, japonesa conversadora, lo cuenta así: «En la Navidad de 1964 recibí el Bautismo. Recientemente bautizada e iniciándome también en mi vida de casada, no sabía mucho cómo moverme en la vida. Las enseñanzas del sacerdote me resultaban sumamente valiosas y las recibía con agradecimiento: todo era cosa nueva para mí. Pronto tuve mi segundo hijo: una niña. El aumento de las tareas del hogar comenzó a inquietarme; temía aislarme de la sociedad y estar desfasada en mi ambiente. Del Beato Josemaría aprendí que educar a los hijos era una labor incomparablemente superior a cualquier otra actividad que pudiera darse. En 1978 comencé a impartir clases de escritura japonesa. Por entonces nuestro cuarto hijo tenía cuatro años de edad. Me preocupaba el pensar que me sería difícil compaginar ambas tareas: las del hogar, que no podían dejar de ser lo principal, y las clases. Me venían entonces a la cabeza enseñanzas del Beato Josemaría, que había escuchado en tantas ocasiones y que yo había asimilado y formulado así: “El trabajo es oración” o “con el debido esfuerzo de nuestra parte seremos capaces de salvar las dificultades”; y también: “sin exagerar o dar demasiada importancia a los problemas, procurar ir dándoles solución”. Apoyada en estos consejos logré mantener el equilibrio apropiado entre mi labor como profesora y las tareas de mi hogar, sin dar lugar a repercusiones nocivas y sin descuidar los deberes que ambas ocupaciones me imponían. Había comenzado a enseñar dedicando a ello sólo dos días por semana. Tuve entonces la alegría de comprobar cuánto cooperaban conmigo, con su buen comportamiento, mis hijos. Como si se hubieran hecho cargo de la situación, procuraban ayudarse mutuamente. Mi nueva tarea profesional tuvo un valor pedagógico para ellos: crecieron en fortaleza y en generosidad y aprendieron a moverse más responsablemente».

Países como Estados Unidos ofrecen la oportunidad de que alguien pueda realizar algo como lo que hizo Timothy Casey, *Gestor Fiscal, en Boston*: nada menos que lograr la gestión privada de una institución educativa pública con la colaboración clara y decidida en su ideario de los padres.

«Hace siete años, surgió la oportunidad de abrir una escuela de financiación pública en nuestra comunidad local. Nos asociamos con otra pareja de la

misma ciudad y otras dos parejas para presentar una solicitud, fuimos presentados en una conferencia de prensa del Ministerio como uno de los 15 autorizados para abrir una escuela primaria para los cursos de K a 4. Los ocho trabajamos frenéticamente durante 18 meses para encontrar un lugar adecuado, contratar al claustro y al personal, comprar material, presentar la escuela a posibles padres, responder a muchas preguntas y —lo que es más importante— desarrollar una declaración de principios claramente expresada que imprimiera el carácter de la escuela. «Los hijos de Dios, ciudadanos de la misma categoría que los otros, hemos de participar “sin miedo” en todas las actividades y organizaciones honestas de los hombres, para que Cristo esté presente allí»<sup>3</sup>.

Como iba a ser una escuela pública en Estados Unidos, no podíamos basar nuestro programa en una afiliación religiosa. Sin embargo, encontramos que esta “limitación” nos daba un abanico mucho más amplio de amigos de distintas religiones con quienes compartir nuestra misión. La declaración de misión central consta de cuatro principios rectores: el reconocimiento de que los padres son los principales educadores de sus hijos; un programa de estudios clásico, con muchas materias; la creencia en que el desarrollo del carácter debe impregnar todos los aspectos de la vida dentro y fuera de la escuela; y oportunidades de servicio a la comunidad.

La universalidad de estas enseñanzas resultó evidente de inmediato. En cuestión de pocas semanas se matricularon más de 80 familias y 150 alumnos. Estas familias representaban una sección transversal amplia de la comunidad local y de diversas creencias religiosas. Abrimos el 8 de septiembre de 1995, Natividad de Nuestra Señora, y desde entonces hemos prosperado, a pesar de toda clase de contratiempos, contradicciones y problemas con los que inevitablemente tropieza un proyecto como éste. Actualmente, somos una escuela con más de 400 alumnos. La declaración de misión sigue siendo la misma y está muy presente en la vida diaria de los estudiantes, el claustro y los padres.

A través de esta actividad apostólica emprendida en el mundo, un buen número de familias se ha acercado a las enseñanzas del Beato Josemaría y todos han podido consolidar sus propias creencias sobre las verdades del matrimonio, la vida familiar, el papel de los padres y sus opiniones acerca de la educación.

Otros, como el *empresario chileno* Jorge Claude, padre de 12 hijos, es un ejemplo en cuanto a gestión del tiempo. «Además de mi trabajo habitual, que ya es absorbente, soy miembro del Consejo de Administración de varias compañías, y participo en diversas comisiones técnicas. Simultáneamente, soy profesor en la Universidad de los Andes y en la escuela de formación de directivos de esa Uni-

<sup>3</sup> *Forja*, 715.

versidad (ESE), y suelo hacer trabajos de consultoría. En resumen, soy una persona ocupada, que se esfuerza por buscar a Dios en sus actividades laborales, que no cesa de dar gracias a Dios por todo lo recibido, y que sin embargo se empeña por no abandonar sus tareas formativas. Para conciliar con eficacia trabajo y familia, en mi caso ha sido muy útil destinar tiempo a cada uno, comenzando por la propia mujer: «Cuando tengas orden se multiplicará tu tiempo, y, por tanto, podrás dar más gloria a Dios, trabajando más en su servicio»<sup>4</sup>. Acostumbramos a salir fuera un fin de semana cada seis meses, sin perjuicio de procurar almorzar juntos regularmente entre semana. En el caso de los hijos, es indispensable que sientan que el padre les destina tiempo personal. Lo que yo suelo hacer es salir a tomar un helado con cada uno, o simplemente a caminar. De este modo cada uno tiene la oportunidad de sentirse “hijo único”, a pesar de ser muchos hermanos. También es clave tener la disposición de ir a buscarlos a la salida de sus distintas actividades, sean por la tarde o por la noche, según la edad, porque suele ser una buena oportunidad para conversar, aprovechando que vienen contentos y distendidos (esto es válido para todas las edades, porque hay que acostumbrarlos desde pequeños a conversar con su padre). Además procuro hacer la máxima vida de familia. Ceno con ellos —con los seis o siete mayores, al menos—, un mínimo de cuatro veces a la semana, y es ahí donde se comparten las cosas y se establece un vínculo más estrecho. En las vacaciones o fines de semana largos, procuramos salir a la costa, en unos paseos que estoy seguro serán memorables para todos mis hijos, y sus múltiples amigos que se nos unen. Además, y esto es lo más importante, hay que saber renunciar a sí mismo. Personalmente, he llegado a la conclusión de que ésa es la ecuación perfecta: la familia siente que cuenta con la buena voluntad del padre —que no debe traer los problemas del trabajo a la casa—, y uno tiene la oportunidad de ofrecer muchas cosas, y luchar sinceramente por alcanzar la santidad en medio de las cosas más domésticas, sin que se note. Es una especie de “secreto” compartido con Dios, que nos ayuda a crecer, y que sólo trae beneficios a la familia.

Otro buen modo de hacer uso del tiempo, lo tenemos en el estadounidense Kirby Smith. «Cumplir con mis deberes como padre y profesional en el mundo ha resultado más fácil después de que haya entendido el significado de hacer bien el trabajo por amor a Dios dentro del contexto de una unidad de vida. En vez de establecer un “equilibrio” entre trabajo y familia, en realidad debemos sobresalir en los dos. Lo que hacemos como padres es tan sólo otro tipo de trabajo. Mis colegas en el trabajo se ríen cuando oyen salir café de la cafetera a las 3.30 de la tarde. Comprenden que ahora mi segundo trabajo, el de marido y padre, está a punto de empezar, y que a veces necesito ese pequeño suplemento de café para

<sup>4</sup> *Camino*, 80.

estar “al cien por cien” cuando cruzo la puerta de mi casa cada día. En primer lugar, no podemos sobresalir en nuestro trabajo como padres si no llegamos puntuales a casa. Mientras desempeñamos nuestras responsabilidades profesionales, debemos trabajar a un ritmo rápido y constante para podernos marchar puntuales cada día. Una buena agenda, establecer prioridades y una propensión a la acción son útiles. En estos últimos años, cuando mi profesión me ha exigido más tiempo y una jornada de cuarenta horas no ha sido suficiente, he aprendido a “acariciar” mi día, presentándome en el despacho justo después de la Misa de las 6.15. Y si aún así, en determinados días eso no es suficiente, prefiero saltarme la comida o comer alguna pequeña cosa en mi escritorio que perderme esa hora de cenar sagrada a las 6 en casa. Con el tiempo, con esa hora de cenar como límite, creo que me he convertido en un mejor profesional usando bien mi tiempo en el despacho y no malgastándolo.

En segundo lugar, ayuda a examinarnos de un modo personal y brevemente durante la jornada laboral para encontrar maneras específicas de mejorar nuestro desempeño como maridos y padres. El marco especialmente apropiado para hacer este parón es al mediodía. Además, planificar en ese momento cualquier disciplina necesaria para corregir problemas recurrentes es mucho mejor que dejar que éstos ocurran cuando quizás se está alterado. Y muchas veces, he podido anticiparme a los problemas antes de que empiecen».

Y si además, existe una voluntad clara y decidida de compartir tareas, como es el caso de Gonzalo Robles, *Adjunto para Relaciones Institucionales en la Universidad de Navarra*, las cosas pueden ir mucho mejor: «A la hora de hacer compatible mi trabajo profesional con mi vida familiar, procuro mantener la misma actitud en mis obligaciones de casa que en el ámbito profesional. Creo que el Señor me pide hacer con la misma perfección y por motivos sobrenaturales tanto las tareas domésticas como las profesionales. Debo poner el mismo empeño y amor de Dios en hacer la cama o cambiar un pañal que en elaborar un informe. No es nada fácil, porque desgraciadamente nuestra sociedad tiende a valorar enormemente la excelencia profesional y a despreciar el trabajo en casa y la vida en familia.

Suelo estar en mi casa sobre las ocho, para poder jugar un rato con mi hija y bañarla. También le doy de cenar. Lo cierto es que mentiría si dijera que me resulta costoso. Aunque a veces ella pueda estar un poco rebelde y yo bastante cansado, disfruto mucho de ese rato diario. Cuando surge algo importante en el trabajo o un compromiso social y no puedo estar a esa hora, lo paso mal, me parece que no estoy en mi sitio. Creo que es un motivo para dar gracias a Dios sentir esa urgencia por estar en mi casa, con mi mujer y mi hija, sobre todo porque con frecuencia advierto a mi alrededor justamente lo contrario, una especie de síndrome que lleva a retrasar lo más posible el fin de la jornada laboral. Tanto en ese

tiempo diario que estoy en casa como durante los fines de semana, ayudo a mi mujer, que es la que organiza las tareas del hogar. Miryam también trabaja, y, gracias a Dios, su horario —termina a las tres de la tarde—, le permite estar bastantes horas del día con nuestra hija. Gracias sobre a todo a su sacrificio y a su buena organización, el “sistema” funciona, cada uno hace sus encargos sin grandes agobios y conseguimos también sacar tiempo para descansar y divertirnos. Tengo claro que el trabajo que impide estar el tiempo necesario con tu familia no puede ser agradable a Dios. Aunque no siempre sea fácil encontrar un equilibrio mi experiencia es que cuando se trabaja con ese espíritu de amor a Dios del que hablaba antes, se sabe cuándo hay que volver a casa y a qué supuestas exigencias profesionales hay que decir no».